

circundadas de testigos, y acompañadas de vuestros padres y parientes, se os conduce al altar en traje de esposas, y se entona junto á vosotras tierno epitafio.

¡Llegaos al tabernáculo, desplegad vuestras alas de místicas palomas! Vosotros también, padres y parientes de estas afortunadas niñas, acompañadlas en su vuelo. ¡Cuánto me place veros á su lado! Más me regocija todavía, el considerar que este no es un hecho aislado y singular, como en otros países en que predomina la impiedad y el indiferentismo, sino que se repite á menudo, y que con frecuencia entonáis en medio de vuestros hijos, el *Domine non sum dignus*, que ahora voy á pronunciar con vosotros.



PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, PREDICADO EN SU IGLESIA DE SAN

LUIS POTOSÍ, EL 4 DE OCTUBRE DE 1898.



Emite absque argento.
Comprad sin dinero.
ISAÍ. LV, 1.

CRANDE es mi satisfacción, Venerables Religiosos de San Francisco, siempre que me invitáis á celebrar las glorias de vuestro Seráfico Padre. Cada vez que viene su fiesta, y penetro en vuestro templo, y os miro en él todavía, palpita mi corazón de esperanza. Veo, es cierto, que vuestras filas se merman cada año, que no os llegan suficientes reemplazos, que los que quedáis amparando (para servirme de un término técnico de la minería que os es bien conocido), que los que quedáis amparando estos santos muros envejecéis cada día; y esto me contrista. Pero vuelvo los ojos al resto del mundo, y veo con la imaginación á vuestros numerosos hermanos, que llenan todavía innumerables conventos y están listos

para acudir á vuestro socorro en el momento oportuno, y no puedo menos que exclamar entusiasmado: *Aún poseen la tierra los hijos de Francisco.*

Sí, amados diocesanos. Aunque no veáis en derredor más que ruinas de antiguos monasterios; aunque notéis que una gran parte de los templos, que fueron la gloria de los Franciscanos en el Nuevo Mundo, han pasado á otras manos, el Serafín de Asís no ha perdido la herencia que le legó el Señor, y que, á pesar de las vicisitudes por que ha pasado, comprende las cinco partes de la tierra.

¿Cómo conquistó aquel humilde varón tan vastos territorios? ¿Cómo pudo asegurar sus conquistas de tal suerte, que en vez de perderse á su muerte como las de Alejandro Magno, en vez de desmoronarse poco á poco, como las de los Romanos, pudiesen durar seis largos siglos sin mermarse, sino antes bien, aumentándose y consolidándose hasta nuestros días? ¿Han sido, por ventura, las armas, las que subyugaron la tierra para él y sus hijos? ¡Ah, no! Hubo un tiempo en que pensó de veras que la Providencia lo destinaba á ser un guerrero de primera magnitud. En sus años juveniles se lo hizo creer una visión mandada de lo alto, en que se le representó en sueños un inmenso alcázar lleno de armas y pertrechos de guerra, y oyó una voz que le anunciaba que todo aquel arsenal estaba para él destinado. Presto otra visión le indicó que no eran armas terrenas las que debía esgrimir, y volvió sus ojos á otra clase de luchas.

¿Fueron por acaso las riquezas las que tanto poder le alcanzaron? También hubo un tiempo en que creyó que con el oro podría comprar el mundo y las almas. Era hijo de rico mercader, y con los bienes de su padre empezó á erogar tan cuantiosas limosnas, que excitaron las iras del opulento señor y lo movieron á desheredar á Francisco, quien vió que otro era el camino que le señalaba la Providencia.

Era, en verdad, el sendero opuesto. Las palabras de Isaías, cuando excitaba al pueblo de Dios á comprar sin dinero, *emite absque argento*, nunca debían realizarse de una manera tan completa, como aquel día en que el joven heredero de Asís, renunciando á todos los bienes terrenales, y despojándose ante el Obispo hasta de la vestidura que llevaba, se desposaba, como él solía gloriarse, con la pobreza, y con la pobreza por única compañera marchaba á la conquista de su patria primero, luego de la Europa, después del mundo entero, y sentaba sus reales entre nosotros.

Bosquejaros, ya que pintaros es imposible, las vastas conquistas, las ricas adquisiciones de Francisco de Asís, ya sea por sí solo, ya sea por medio de sus hijos, llevadas á cabo sin bienes terrenales, sin poder ni riquezas, *emite absque argento*, sino abrazado solamente á la pobreza, que es la única que ha conservado y guardará sus espirituales posesiones, será el objeto del presente panegírico, si me ilumina el Divino Espíritu, y me socorre la Virgen Santísima, á quien os ruego me ayudéis á invocar. *Ave María.*

I

El hermoso cuadro de Francisco de Asís, renunciando á su herencia, y aun á los vestidos dados por su padre, es demasiado sublime para que nos contemos con delinearlo, como acabamos de hacer. Es, además, característico de aquella época que hoy día conocemos tan poco; y aun sin estudiar á fondo su historia, bastaría este rasgo para hacernos formar una idea justa de aquel siglo, que se nos figura todo de fe y de piedad, y que estaba muy lejos de serlo. Uno de los que mejor han escrito sobre San Francisco, nos lo pinta con estas gráficas sentencias:

«Tiempos eran aquellos, nos dice, afeados por la barbarie y la ignorancia, llenos de perversas costumbres, pobres de virtudes y sólo inclinados al lucro y á la sangre. Subyugada por el Tártaro, el Asia caía en la barbarie; antiguos imperios se desmoronaban al acercarse aquél; toda ley y toda religión desaparecían: Cruzados tumultuosos sembraban escándalos y delitos, en los mismos lugares á que habrían debido llevar la virtud, la libertad y la religión. Nada tenía que envidiarle la Europa. El Evangelio aquí se ignoraba, allí se pisoteaba; aquí se vendían las cosas santas en vergon-

zoso mercado, allí descaradamente se hacía befa de ellas. Las fiestas cristianas se convertían en Bacanales; las reliquias de los mártires servían para maleficios y encantamientos: rebeliones, matanzas, cisma en la Bretaña; facciones en la Alemania; la Francia perturbada por pestíferas sectas; hasta la Italia, haciendo á un lado la piedad de sus mayores, destruía templos, apriionaba á sacerdotes y amenazaba á Cristo mismo en la persona de su Vicario. Causa y raíz de tantos males eran, por una parte, la avaricia de los grandes, y por la otra la ignorancia del pueblo.»

Talera el Siglo XII, al expirar el cual nació Francisco. Tal se presentaba el XIII, á cuyos principios, en 1206, se verificó la escena que estamos presenciando. Ahí tenéis á un joven de 25 años, rico y célebre ya por su largueza, que renuncia á su herencia, y no contento con esto, se despoja de sus vestiduras, al grado que tiene que cubrirlo con su manto el Obispo de Asís, y las entrega á su padre, juntamente con el documento de renuncia. ¡Y este padre desapiadado tiene corazón para recibir los vestidos de su hijo, y dejarlo desnudo y atendido á la caridad pública! Y el crimen del joven, que tan cruelmente se deshereda, es haber hecho copiosas limosnas á los pobres y á la Iglesia, de bienes que no hacían falta á la familia. Y esto sucede á pocas leguas de la Ciudad Santa, y en terreno regado, como todos aquellos contornos, con la sangre de los mismos Mártires. ¡Ah! Verdaderamente este padre desnaturalizado personifica esa codicia, esa hipo-

eresía, ese desprecio de las cosas santas, cuya descripción acabamos de oír, y ese estado lamentable, para cuyo remedio se requería una falange de hombres sencillos, humildes, pobres, desprendidos, abnegados, que con la palabra y el ejemplo predicasen la doctrina de Jesucristo, ya casi olvidada.

Jefe de esta eclesiástica milicia debía ser Francisco de Asís, y sus armas tenían que reducirse á la pobreza, con la cual acababa de celebrar eternos desposorios. Vestido con el tosco sayal que recibió de limosna en el palacio del Obispo, y en el cual trazó con cal viva una cruz blanca que lo distinguiera, emprendió poco á poco su conquista pacífica.

No acostumbra el Señor abrirse de una vez á sus escogidos, ni revelarles desde luego los tesoros de su sabiduría. Así lo hizo con los Apóstoles; así lo verifica con Francisco. Del mismo modo que había interpretado mal aquel sueño que lo hizo imaginarse soldado, así ahora no comprende una visión en que le había dicho el Señor: *restaura mi Iglesia*. Más tarde comprenderá que se trata de la Iglesia Católica y de una restauración espiritual. Ahora se le figura que su misión se reduce á la reparación material de algunos templos ú oratorios, y con las limosnas que recoge, restaura las Iglesias de San Damián y de San Pedro, y, por último, la casi arruinada Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, llamada ya desde entonces de la Porciúncula, al pie del monte en que se levanta la ciudad de Asís. Esta restauración será la base de la res-

tauración de la Iglesia universal. Allí fija su habitación el Seráfico Padre. Allí se le incorporan sus tres primeros hijos, Bernardo de Quintavalle, el Canónigo Pedro de Catania y el sencillo Gil. Cuando llegan á once, marcha con ellos á Roma, á solicitar la aprobación de la regla que acaba de darles. En el camino encuentra á bizarro militar, á quien con voz irresistible manda trocar el sable y la clámide por el sayal y la cuerda, y con él, por duodécimo compañero, llega á la Ciudad Eterna y se arroja á los pies de Inocencio III.

Conocida es la visión de este Papa, quien en un sueño mandado de lo alto vió á un pobre mendigo que sostenía la Basílica de San Juan de Letrán, próxima á desplomarse. En Francisco reconoció á este mendigo, y después de maduro examen, aprobó su santa regla y lo mandó á practicarla y á predicar el Evangelio, de que no era ésta más que trasunto.

Era el año de 1210, cuando lleno de celo y de esperanzas, emprendió Francisco el camino de regreso, por el valle de Espoleto, en unión de sus doce compañeros. Nueve años después, esos 13 apostólicos varones se habían convertido en legión. Entonces fué cuando se verificó el famoso capítulo llamado *de las esteras*. Los que á él concurrieron eran más de cinco mil; y habían dejado atrás otros muchos religiosos guardando las Iglesias y los Conventos. El de la Porciúncula no podía contenerlos. Tuvieron que acampar en el valle y en la falda del monte, improvisando le-

chos y tiendas con ramas y *esteras*, de donde vino á este capítulo general su inolvidable nombre.

¡Cinco mil operarios evangélicos reunidos bajo la presidencia del pobrecillo de Asís! Esto significa la conquista de cinco mil, de diez mil corazones de Apóstoles; el rescate, por lo menos, de muchos centenares de miles de almas cristianas, la ocupación de un vastísimo territorio, no sólo en Italia sino en España, en Portugal, en Francia y aun en Alemania, destinado á ser el teatro de prodigios sin cuento de virtud y de santidad. Esta maravillosa transformación, esta santa irrupción, si así puedo llamarla, se ha llevado á cabo, no por la fuerza de las armas y el terror como la de Atila; no por medio de la ciencia y las letras, aunque éstas no faltan en los hijos de Francisco, sino por medio de la pobreza, *emite absque argento*, y de las virtudes que son sus inseparables compañeras. Tal lo han probado las rápidas victorias que hasta ahora lo han acompañado dondequiera; tal lo probarán los desastres que no han de tardar en venir.

Ansioso de conquistar nuevas almas para Cristo y para sí propio el martirio, vuela Francisco al Egipto en una nave que iba á socorrer á los Cruzados sitiadores de Damietta. No logra su intento; pero deja plantado su estandarte en aquella tierra regada con sangre de cristianos, y á éstos lleva consuelos é infunde valor.

En el capítulo que el año siguiente de 1220 tornó á celebrar, le deparaba la Providencia grandes amar-

guras. Fray Elías, tristemente célebre en los anales Franciscanos, y que gobernaba en lugar del ausente Patriarca, había sido infiel á la esposa que el Seráfico Padre para sí y sus hijos había tomado: á la santa pobreza; y empézaban á venir males de no poca trascendencia al orden que acaba de fundarse. Como el militar en quien se ha enervado la disciplina se distingue desde luego por la negligencia en portar el uniforme, así el Vicario General manifestó su falta de espíritu, por el acicalamiento en el hábito, formado de paño mejor que el acostumbrado, y semejante en su corte al traje de los seglares de aquel tiempo.

Para remediar los males causados, empieza Francisco por servirse de un ardid muy común en los santos. Se pone el hábito de Fray Elías en pleno capítulo; se cuadra y atilda, y se pasea afectando modales seculares; luego reviste de nuevo su propio sayal, y caminando con los ojos bajos y la modestia que en él siempre resplandecía y enseñaba á sus discípulos, pone de relieve las faltas de su Vicario General. Lo destituye, restablece la pobreza en todo su vigor y coloca así á su seráfica falange en la senda de nuevas conquistas.

Pobre era en su vestido, y aun le parecía éste demasiado rico, como sucedió cuando al encontrar á un infeliz desnudo, se quitó la capa para cubrirlo y manifestó vergüenza de que hubiera otro hombre más pobre que él mismo. Pobre era en sus alimentos, y más que los que preparaban en su convento, por toscos

que fueran, le agradaban los mendrugos que de puerta en puerta mendigaba. Pobre era en su habitación. Escogía siempre la peor celda, y no permitía que aun los bienhechores fabricasen para él ó su religiosa familia, residencias que no fueran en extremo modestas. Su ambición suprema era, según varias veces lo expresó á sus compañeros, el no tener, á semejanza de Cristo, donde *reclinar su cabeza*. Pobre quería ser de tal modo, que no limitaba la pobreza al despojo de las cosas exteriores, sino que aspiraba á extenderla hasta el abandono de la prudencia del mundo, y más todavía, hasta renunciar á las letras y á la ciencia, por temor de que ellas no hinchasen el ánimo de sus discípulos, y sirviesen de obstáculo á la perfección.

Una visión celestial le mostró cuán agradable era á su Señor Crucificado este espíritu de pobreza. Caminaba cierta ocasión rumbo á Siena, cuando se le presentaron tres pobrísimas mujeres, semejantes entre sí en la estatura y el rostro, y de una misma edad al parecer, y le saludaron cortesmente, pronunciando á una voz estas palabras: *Sea bienvenida la Señora Pobreza*. Representaban, según explica San Buenaventura en la vida del Santo Patriarca, la castidad, la obediencia y la pobreza evangélica, que con igual brillo resplandecían en San Francisco. Su salutación significaba que de las tres virtudes, la pobreza era la que había elegido como especial prerrogativa y timbre principal de su gloria.

La llamaba, en verdad, su Dueña y Señora, su Ma-

dre, su Esposa. Á sus discípulos solía decir que es la Reina, no sólo porque resplandeció en Jesucristo, Rey de los Reyes, y en María Santísima, Reina del Cielo, sino porque nos eleva sobre todas las cosas terrenas. Es virtud bajada del cielo, que destruye cuantos obstáculos impiden al alma unirse perfectamente con Dios. Ella, por medio de la humildad, dota á las personas que la aman, de una agilidad como la de los espíritus puros, que pueden sin dificultad emprender el vuelo á las regiones celestiales. Es el sostén de la humildad, la madre de la abnegación, la muerte del amor propio, la destrucción de la vanidad, la raíz de la perfección.

Los hechos confirmaron estas doctrinas del Seráfico Patriarca. ¿Para qué citaros ejemplos, que bien conocéis, de su austeridad, de su penitencia, de su pureza, de su obediencia, de su dón de oración, de su piedad, de su caridad, de su celo y de tantas virtudes hijas de su admirable pobreza? Baste recordaros que Jesucristo mismo quiso imprimir sus llagas en aquel bendito cuerpo, y estampar en él de un modo visible su divina imagen, impresa hacía muchos años en aquella alma privilegiada.

Ahí tenéis delante de los ojos, representado por hábil pintor, el admirable suceso, y con sólo examinar el cuadro, concebiréis una idea más perfecta que la que mis palabras pudiera ninspiraros. Ved el monte de la Alvernia con sus rocas y espléndida vegetación. A él se ha retirado Francisco, según su costumbre, y ahí lo tenéis absorto en santa contemplación. Ved al se-

rafin de seis alas que vuela hacia él y le abre los brazos. Ved cómo con sus manos toca sus manos, con sus pies sus pies, con su costado su costado. Es Jesucristo que deja impresas en su siervo sus cinco llagas, manifiestas á todos los que lo miran, con excepción de la del costado, que oculta cuidadosamente, pero que á su muerte se descubre en el santo cadáver.

El pintor ha podido reproducir ese cuerpo, con las llagas divinas que lo proclaman imagen de Nuestro Redentor. ¿Pero qué pluma, qué lengua podrá retratar aquella alma seráfica? Para escribir la vida de un santo, se necesita otro santo, y San Buenaventura trazó con áureos caracteres la de su bienaventurado Padre y Patriarca. Muchos tesoros encontramos en sus brillantes páginas; pero no me bastan cuando quiero pintaros el alma de Francisco, y recurro á Francisco mismo. Cuando próximo á la muerte, le preguntaron sus discípulos qué cualidades se requerían en su sucesor, él, al trazarlas, se retrató inconscientemente á sí propio, y de este fiel trasunto, voy á tomar algunos rasgos que siquiera os delinearán su figura.

«Ha de ser hombre de suma gravedad, discretísimo, de buena fama, exento de todo afecto particular. . . . hombre de oración; pero que sepa repartir el tiempo de tal suerte, que tenga horas fijas para atender á sí propio, y otras para atender á su rebaño. . . . Dé audiencia á todos, y á todos responda, sin parcialidad para ninguno. . . . Si posee el don de la ciencia, con

más razón procure hacer brillar en su gobierno la simplicidad, la humildad, la paciencia. . . .

«Aborrezca, sobre todo, el dinero; porque no hay cosa que pueda introducir en nuestro Orden mayor corruptela. . . . No tengo muchos libros, no sea que gastando mucho tiempo en la lectura, robe á su oficio las horas que emplea en el estudio.

«Tenga un corazón lleno de misericordia para los afligidos. . . . Si se encuentra con cerebros duros y audaces, él mismo abájese para ablandarlos. . . . Abra las entrañas de su caridad á aquellos que han salido del Orden. . . . considerando que las tentaciones que los impelieron á dejar el hábito tienen que haber sido muy violentas, y que si á él mismo lo asaltasen, quizá se precipitaría en abismo más hondo.

«Su principal empeño ha de ser penetrar en lo más profundo de los corazones, y hacer brotar la verdad de las venas más ocultas. Tenga como sospechosa toda acusación que se le haga; sobre todo si proviene de alguno sobrado locuaz. . . . Hágase temer de todos, de tal suerte que lo amen los mismos que lo temen. . . .

«Deseo también que el General tenga compañeros honrados, enemigos de todo placer sensible, valerosos en las fatigas. . . . que no busquen sino la gloria de Dios, el bien del Orden, la salvación para sus almas, la perfección de sus hermanos. . . . y con pureza y simplicidad muestren en sus propias personas la for-